

**A LORENZO,
QUE AMABLEMENTE ME INVITA A LAS FIESTAS DE SU PUEBLO**

Querido Lorenzo:

Agradezco tu amable invitación y ciertamente estaré contigo estos días.

A propósito, te envío una reflexión personal sobre la fiesta en general, sin entrar ahora en cuestiones religiosas.

Creo que **LA FIESTA NO ES:**

ATURDIMIENTO: Da la impresión, a veces, que cuando se lanza el chupinazo que inicia las fiestas, se abren los portillos del aturdimiento y la locura. “Es fiesta”, decimos, y eso equivale a tensar nuestras posibilidades vitales “hasta que el cuerpo aguante”. Ya no importa nada el “motivo” de la fiesta. Es igual. Es la fiesta por la fiesta, descabezada, sin razón ninguna más que ella misma. “¡A divertirse!”, y lo de menos es cómo, cuándo y a costa de quien...

PERMISIVIDAD: Desde estas premisas ya se puede entender que “todo vale”. Con tal de pasarlo bien y aprovechar la fiesta a tope... todo está permitido: alcohol, sexo libre, violencia, velocidad... la noche como tapadera y la droga para poder mantener el tipo.

ANARQUÍA: La permisividad abre las puertas a la anarquía, donde ya las normas no tienen lugar. Se rompen las leyes familiares y la autoridad paterna no tendrá ningún poder ante la decisión de los hijos: horas nocturnas en vela esperando inútilmente a que llegue el hijo; Se rompen las normas económicas y se derrocha lo que no se tiene, o incluso se tira irresponsablemente lo que se tiene, como si fuera verdad que “con mi dinero puedo hacer lo que quiera”. Se rompen las normas cívicas no viendo más que el propio interés y olvidando los intereses de los demás, por ejemplo, a la hora del descanso.

Este planteamiento no es muy común, pero existe. Esta concepción de la fiesta despierta los instintos y ciega la razón. Despersonaliza e, incluso, destruye el ser humano. Es una fiesta aguada e inútil.

Creo, en cambio, que **LA FIESTA ES:**

DESCANSO: Efectivamente la fiesta comienza siendo un tiempo que se contrapone a la monotonía y el trabajo. Es un tiempo original y estimulante para el equilibrio humano.

Lo primero que le caracteriza es el “motivo”. Esta razón es decisiva para que la fiesta “tenga sentido”. El descanso festivo tiene así una razón y ella –su razón de ser- es el “corazón” de la fiesta. De este corazón irradia la luz y la energía de esos días únicos. En este tiempo “nuevo” renovamos nuestras fuerzas para seguir luego trabajando en el período laboral.

CONVIVENCIA: La verdadera fiesta consiste en compartir la vida con los demás: familiares, amigos, visitantes. Estos lazos humanos que se estrechan en estos

días son los que crean el auténtico clima festivo. La fiesta no es posible en soledad. Por tanto, cuanto más intensifiquemos nuestras “relaciones públicas” esos días más profunda y sincera será la fiesta.

RE-CREACIÓN: En este clima de relaciones humanas tenemos el terreno propicio para sembrar todas nuestras iniciativas posibles: deporte, cultura, espectáculo, bailes, concursos, desfiles..., medios todos válidos para re-crear nuestra vida desde la fantasía, el esfuerzo, la creatividad... Son días de hacer lo que normalmente no se hace. La fiesta nos lanza hacia lo desconocido... y, es posible, hacia el descubrimiento de nuestros talentos más ocultos.

Sí, la fiesta así vivida nos ayuda a crecer en humanidad, potencia todos nuestros recursos. Muchos jóvenes y adultos ya la viven así. Sin esta fiesta no llegaríamos a ser lo que debemos ser. Por eso es tan importante y necesaria.

Lo dicho: espérame estos días para compartir contigo la fiesta de tu pueblo.

Un abrazo y muchas gracias por la invitación.

Florentino Gutiérrez. Párroco

Alba de Tormes, 23 de agosto de 1998